



El barranco de los valles fantasmas

 Texto y fotos: MIGUEL MENA

En julio de 1989 se cumplieron 20 años de la llegada del hombre a la Luna. Aquel día la programación de la Cadena SER dedicó tanto tiempo a conmemorarlo que en Radio Zaragoza nos preguntamos qué podríamos hacer para darle un toque regional a la noticia. Como no teníamos conocimiento de ningún aragonés que hubiera participado el proyecto Apolo, lo único que se nos ocurrió fue entrevistar al alcalde de un pequeño pueblo de la comarca de las Cinco Villas llamado Luna. El hombre debió de pensar que éramos unos auténticos idiotas, pero nos atendió con amabilidad y comentó que, aunque su municipio distaba apenas una hora de Zaragoza, allí también había muchas cosas que estaban por descubrir, lugares casi tan solitarios como el Mar de la Tranquilidad, pero con un atractivo más vegetal y menos selenita. Algunos años después, ayudado por un periodista de la zona, Valero Benavente, pude comprobar que no mentía.



Júnez



FICHA:

Luna se encuentra a 65 kilómetros de Zaragoza. Primero se toma la autovía de Huesca, abandonándola en la salida "Zuera norte" para coger la carretera A-124 en dirección a Ejea. Luna se halla poco después del cruce de Esla. La pista de acceso a Júnez y Lacasta se toma una vez pasado el pueblo en dirección a Biel, unos dos kilómetros después de las piscinas, a la derecha de la carretera. El ascenso hasta Júnez y Lacasta es muy suave, sin ninguna dificultad. Algo más duro es el descenso del camino hacia El Frago, con una fuerte subida en su primer tramo. El itinerario aquí descrito suma un total de 38 kilómetros.

Lo más conocido de Luna es el santuario de Monlora, que se sitúa a pocos kilómetros del pueblo en un monte que domina un enorme paisaje, pero justo en sentido contrario se abre camino un pequeño valle que conduce a dos pueblos abandonados: Júnez y Lacasta. Esa es la ruta que escogió Valero para ilustrarme sobre la riqueza del paisaje y, de paso, sobre la tragedia de una tierra que en los últimos cien años no para de perder población.

Al poco de abandonar la carretera, después de internarnos con nuestras bicis por un camino a la derecha, aparece el primer motivo de admiración: al otro lado del río Arba de Biel, compitiendo en altura con los chopos que bordean el cauce, se yergue la torre de Obano, el único resto de lo que fue un castillo levantado

en el siglo XI en zona de conflicto entre cristianos y musulmanes. Ahora la torre sólo vigila a las ovejas que pastan a su alrededor, pero todavía impone respeto desde rotundidad de sus muros de piedra y sus quince metros de altura.

A partir de aquí el camino se escora a la derecha y se introduce en otro valle, por donde fluye un río que ni siquiera merece el nombre de tal. Nosotros lo vemos bajar animado, con la alegría de las últimas lluvias, pero lo normal es que esté seco. A esto simplemente lo llaman el Barranco de Júnez, con un nombre que suena a polvo y piedra, aunque hoy ese barranco sea un pequeño afluente del Arba.

El camino asciende por la orilla derecha de este riachuelo, y al cabo de pocos kilóme-





tros aparece el pueblo que lleva su mismo nombre: Júnez. Se halla encaramado en una loma a la izquierda del barranco. Todas sus casas son de piedra, construidas con la roca oscura que prolifera en los alrededores.

Cruzamos hasta allí y paseamos entre las ruinas observando los muros de reojo, porque varios tienen aspecto de estar a punto de desmoronarse. Nos asomamos a algunas viviendas y observamos los objetos que no quisieron llevarse sus últimos habitantes: un armario, una palangana, un transistor.

—En esta era celebraban las verbenas —me indica Valero en la parte alta, detrás de la iglesia—. Todavía suelen hacer una fiesta anual los descendientes del pueblo.

Hay un balcón, partido por la mitad, con una fecha emblemática grabada en la piedra: 1808. Mientras el país se desangraba, en Júnez, a donde seguramente jamás llegaron los franceses, concluían las obras de ese caserón que hoy se desploma poco a poco.

Dejamos este pueblo impresionados y un poco tristes porque nadie acude a apuntalar un conjunto que todavía muestra una gran belleza. El camino que nos conduce a Lacasta, flanqueado por pinos y matas de romero, asciende muy suavemente y permite disfrutar del paseo sin mucho esfuerzo. Por uno de esos caprichos administrativos difíciles de explicar en plena naturaleza, cada cierto tiempo cambiamos de provincia: ahora el camino discurre por Zaragoza, cien metros después



se mete en Huesca, luego vuelve a ser Zaragoza. Así hasta que llegamos a Lacasta, el último rincón de este valle, otro pueblo que quedó sin vida hace ya muchos años.

Lacasta se conserva mejor que Júnez. Algunas casas permanecen cerradas, con aspecto de ser visitadas en época de vacaciones. Las calles de Lacasta son de tierra y la maleza se apodera de ellas. Hay que apartar las zarzas para asomarse a la fuente; curiosa fuente a la que llega el agua desde el río que se halla a más de un kilómetro y muchos metros por debajo del nivel donde nos encontramos. El agua sube impulsada por un ariete hidráulico, una peculiar bomba que no necesita más energía para funcionar que un pequeño desnivel y el propio impulso del agua. Es un sistema antiguo, con más de doscientos años de práctica, aunque el artilugio que vemos nosotros es mucho más reciente. Se halla en un precioso paraje, un pequeño barranco donde el río se remansa en una gran poza. De allí surgen unos tubos de plástico (esto también es reciente) que conducen el agua y salvan la ladera del monte. A pesar de la soledad del pueblo, aunque nadie la necesita, el agua no para. Impresiona ver la máquina funcionando para nadie. Como no necesita cables ni enchu-

fes, allí está, dale te que pego, bombeando para los fantasmas de Lacasta.

En la parte más alta del pueblo se halla la iglesia, un pequeño ejemplo del románico, tan frecuente en las Altas Cinco Villas. Por fuera se mantiene intacta, pero en su interior sólo queda una enorme pila bautismal de piedra (haría falta un helicóptero para sacarla de allí) y un suelo completamente cubierto por excrementos de oveja, un recuerdo de los rebaños que se refugian en este rincón para protegerse de la lluvia.

Aquí se acaba el camino. El valle se cierra y si quieres avanzar hacia el norte has de hacerlo campo a través. Nosotros retrocedemos. Dejamos atrás este pueblo cuyas piedras no se desmoronan, como en Júnez, pero a cambio se cubren del verdor de una maleza que nadie controla y crece desordenadamente, apoderándose de todo alrededor.

A la vuelta escogemos un camino alternativo: en lugar de volver a pasar por Júnez, nos desviamos a la derecha siguiendo la dirección hacia El Frago. Éste sí asciende con fuertes rampas y no permite relajarse en la subida. Hay que concentrarse en cada pedalada para superar el monte que nos separa de la otra vertiente. Es una montaña de bosque frondoso, un paisaje intensamente verde que contrasta con los secanos que hay pocos kilómetros más abajo.

Todo ascenso ciclista tiene su recompensa en la magnitud del paisaje que nos espera arriba, cuando entre los pinos veamos todo lo que nos rodea: a la derecha el valle del río Arba de Biel, con el monte del Fragal enfrente, y hacia abajo la apertura del monte al llano con los perfiles destacados de Monlora y los montes de Castejón. Dominamos un gran territorio y en tantos kilómetros cuadrados no vemos una sola huella humana. Hay pocos lugares en la Unión Europea que abarquen tanta extensión sin que se vea un pueblo, una carretera o un tendido eléctrico. Una vez más, constatamos que uno de los valores añadidos del paisaje aragonés es la soledad.

Después de esta conclusión sólo nos queda emprender el descenso, que es largo y vertiginoso, y nos lleva a enlazar con el camino de subida justo junto a la torre de Obano, que sigue ahí, sin enemigos que vigilar, testigo de un tiempo que fue crucial para estos territorios que han ido quedando progresivamente vacíos y a desmano. Ha sido un paseo que nos ha transportado a otra época, que nos ha hecho sentirnos muy lejos de nuestro espacio y nuestra vida cotidiana, aunque en realidad, cuando recojamos nuestros coches aparcados en Luna, recordaremos que en menos de una hora estaremos pisando el freno delante de un semáforo de la gran ciudad. Tan cerca en la distancia, tan lejos en el tiempo.

